

y sentimientos de solidaridad son incontables y han sido siempre decisivos y trascendentales. El ofuscamiento de una o dos generaciones y la creación de intereses, que bien examinados no son vitales, no deben hacernos perseverar en un odio eterno y morboso, que nos está consumiendo el corazón.

La conmemoración del Centenario de la Independencia del Perú es un momento solemne en la historia, y debe hacernos meditar en el supremo deber de conformar el corazón, la inteligencia y la conducta a los superiores intereses de la humanidad, en nombre de la cual habremos, necesariamente, de ser juzgados en breve plazo. Aquella empresa gloriosa fué una obra común, a la que convergieron los esfuerzos de toda la América Latina, y tuvo además el privilegio único de sellar la libertad de todo el Continente con el broche de oro de Ayacucho, cuyo centenario, ya vecino, ojalá podamos celebrar en noble y pacífica concordia.

Al enviar por intermedio del Centro Estudiantil que Ud. preside la expresión de nuestra adhesión fraternal a todos los pueblos de la América, y en especial a la juventud y al pueblo del Perú con ocasión de su fiesta centena-

ria, no se nos oculta que no reflejamos ni con mucho los sentimientos de la mayoría del pueblo chileno; pero no hemos vacilado en manifestar los nuestros, ciertos como estamos de que son más nobles y justos, y que acabarán por imponerse, por su propia eficacia, a la conciencia general. Creemos también que el pueblo hermano sabrá apreciar hidalgamente nuestra actitud y se colocará a la altura del trascendental momento histórico que atravesamos.

Crea pues el distinguido Presidente y camarada que la juventud que piensa en Chile se asocia hondamente en espíritu a la celebración del Centenario de la Independencia del Perú, y formula votos muy sinceros porque reine de nuevo la paz y la amistad entre nuestros pueblos, y se restablezcan entre ambos las viejas relaciones cordiales, sobre la base inmovible de la justicia y del amor.

Saluda al señor Presidente y camarada, su colega, amigo y servidor,

DANIEL SCHWEITZER,
Presidente.

ARTURO ZÚÑIGA L.,
Secretario.

(Claridad, Santiago de Chile).

y rebuznar dolorida, por la tarde, a la querencia donde los garañones retozan con las jóvenes burras. El pequeño asno parece también un niño. Por lo menos, el otro no tiene las pupilas más dulces, ni es más simpático.

¿Por qué me tienen todo el día con el hocico metido en el morral? y ¿por qué me alejan tan cruelmente de mi madre? piensa el animalillo.

Porque la ley natural dispone, triste cachorro, que el hombre domine a los animales y se sirva de ellos.

Así, a lo menos respondería la señora, si se le ocurriera pensar que el hijo de la burra sufre, pues no lo ha pensado aun viéndole tan triste.

El niño, entre tanto, está convaleciente. Su boquita ríe ahora, sus mofletes están rosados otra vez. En la luminosa vaguedad de sus ojos hay algo como la cintilación de una estrella. Tiene los brazos rollizos y—¡oh delicia!—pretende ya morder con su único diente. Durante su enfermedad se volvió caprichoso. Rabia con chillidos agudos y a veces le da por no dormir una noche entera. Su llanto pone en conmoción toda la casa y hace palidecer a la señora. La pobre ha sufrido tanto que está sensible como una flor del aire. Los caprichos de la criatura son tiránicas órdenes para su dulce corazón...

Como la tarde está hermosa, han sacado al niño para que tome el aire mientras ordeñan. Pero el niño ha manifestado deseos de aproximarse a la nodriza de largas orejas, y es necesario complacerle. Aproxímense a las magnolias donde ordeñan. El niño no está contento; quiere ver de cerca, quiere contemplar las robustas ubres de donde mana el jugo de vida. Y le consienten esto también. El cuadro es sencillo y hermoso como un episodio de la Odisea: Bajo la tarde dorada, las magnolias, inmóviles, con sus grandes pimpollos de porcelana. Viene en la brisa ligera el olor de los tréboles. Sujeta al cabestro, la burra dormita. Un poco más lejos, el asnillo balancea tristemente su morral. La anciana sirvienta ordeña en la limpia jarra, y la señora, inclinada, sostiene al niño, cuya manita acaricia el ijar de la bestia.

La buena estación contribuye con sus perfumes y sus tibiezas a la salud de la adorada criatura; la clemencia del buen Dios se manifiesta con un florecimiento de dicha; la madre tiene los ojos húmedos de alegría, el niño ríe locamente en la suave gloria de la tarde dorada, ríe, ríe mucho—hasta que de repente, he aquí que con un golpe seco, la burra ¡paf! de una patada le ha partido la cabeza.

Señora, la ley natural es que los asnos cocéen.

(Caras y Caretas, Buenos Aires).

LOS CUENTOS DEL REPERTORIO

LA LEY NATURAL

POR LEOPOLDO LUGONES

LA pobre señora está muy triste; caen de sus ojos lágrimas y de sus manos ofrendas para los pobres y para las capillas del contorno;—ofrendas abundantes y ricas con que ella implora la clemencia del buen Dios para salvar a su niño;—pues el niño de la señora está muy enfermo, y es un mal extraño el mal que le consume. El niño de la señora se marchita como un pimpollo prematuro bajo las escarchas, y si el buen Dios no se apiada, pasto de carne tierna tendrá pronto el sepulcro. Por eso la pobre señora está triste y llora con sus bellos ojos, que fueron gemelos de las estrellas, y reparte ofrendas con sus dos hermosas manos, que parecen dos azucenas regalando perfume.

Felizmente, la clemencia del buen Dios se ha manifestado bajo la forma de una pollina (no hay blasfemia; ahí está la burra de Balaam), de una pollina cuya leche alimenta al niño moribundo. La bestia es mansa como la caridad, y tiene dos orejas grandes

como los ideales de paz universal manifestados en la conferencia de la Haya, y un pelo lanoso y bien cuidado, y está además muy gorda, pues le han reservado un trozo del jardín donde florece el trébol, para que el niño enfermo tenga buena leche y no desfallezca de inanición. La señora tiene senos hermosos, tan hermosos que no sirven para criar, y la burra tiene robustas ubres, tan robustas, que es increíble cómo se va restableciendo el niño de chupar en ellas el jugo de la vida...

Después de muchas semanas la señora ha notado que el pequeño asno está flaco y peludo. Da lástima verle. Tiene los ojos opacos y los ijares secos. Ramonea trabajosamente la yerba que su débil dentadura no puede aún masticar, y por las tardes, cuando se llevan a la pollina para ordeñarla, allá, bajo las magnolias del jardín, arroja una mirada de infinita paciencia sobre las dos madres. La suya no hace más que lamerle las costillas, tristemente,